

María

Son y cuarto y ya hace media hora que te estoy esperando, María. Inquieto, desasosegado, doy vueltas a paso ligero sobre una circunferencia de dos metros de diámetro, manteniendo la distancia de seguridad con el centro, mirándolo fijamente para no desorientarme, esperando que aparezcas de un momento a otro. Es domingo y el paseo de la muralla rebosa de gente, cada uno en su cerco, observadores de las causas ajenas sin entregarse con demasiada atención, mientras dibujan formas irregulares a su paso por la alfombra de hojarasca que escenifica el espejismo que nos presenta la luz otoñal.

Miro paseo arriba y no te veo. Miro paseo abajo; nada. Aminoro el paso y trazo una recta tangente hacia un punto exterior de la circunferencia, junto a la muralla. Pienso en el tiempo, el repliegue y repaso con la punta de los dedos las cicatrices de la superficie, recordándome la nota que dejaste entre las páginas amarillentas de uno de tus libros. "Hay en el escribir siempre un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas."

Pienso en tu inteligencia evocadora y poética, pienso en los días vividos y observo las grietas que el tiempo ha ido conquistando sobre la muralla, ¿O siempre han estado allí? Una incógnita en la oscuridad o bien, palabras en el tiempo. Avanzo un paso para mirarla de cerca, apoyándome con las palmas sobre la piedra cansada y como si tratara de una mirilla, me acerco hasta que la retina solo percibe el negro, el negro de tus ojos que fijan mis palabras en la penumbra:

Construir el texto. Salpicar de imágenes.

Diferenciar el silencio de la palabra.

Funambulismo sobre azoteas. Observar desde lejos aquello más cercano. Creatividad cuántica. Creatividad atómica. Agitar las manos para acariciar la ola y asimismo, desgarrarse en mil pedazos para reencontrarse en cada palabra.

"María, ¿Por qué se escribe?", te pregunto mientras intento no escuchar nada más, mientras fijo en negro aquello que ahora es blanco, mientras espero el instante cuántico en el que responderás "Se escribe, para quitarnos el sombrero".

Por última vez, te abriré una vez más para escudriñar tu caligrafía helicoidal entre las notas tendidas. Me sentaré bajo la luz carcomida de esta ciudad, mientras me ofreces en tono perezoso y de manera aleatoria, cachos salpicados de letra impresa y te pregunto como un niño "¿Cuál será la lengua que nos hable de la nostalgia?". Tal vez, ya no te alcance, María y te percibo fría, lejos de mí. Cierro los ojos y concentro la mirada con todo el esfuerzo, esperando exactamente un momento cuántico en la oscuridad, donde el punto que desdibuja la escena se funde con un público atento que no consigo ver, mientras trizas de luz desdibujadas en la cera, derraman otras vidas, otros tiempos, viejas ideas que circunvalan sin prisa, pasajeras fragmentadas en espacios vacíos que la memoria apresa, enterradas con honor, como un botín en una tierra yerma y desierta.

Si aún respiras, para; para y escúchame, porque estoy removiendo con todas mis fuerzas una pila de papeles, notas y pasos perdidos que levanto hacia arriba como el niño al que se le acaba el confeti y declina que la fiesta pare, como un

enamorado que nada embriagado entre las hojas caídas del camino y las eleva para que vuelvan donde estaban, para librarlas de la gravedad y de nuestra impronta. Notas, papeles, fragmentos, y entre todos ellos, una nota sostenida que sobrevuela el pentagrama zigzagueante a mi compás, librándonos a un vals bajo la tonalidad amortiguada de tu canto, sostenida por el levante que se evoca con la mirada y que nos habla en tono mudo, exquisito y suave. “Existe una lengua para la nostalgia. Una lengua nómada, con una música íntima y brutal que nos señala un punto. Un punto que miramos desde el cielo, desde alta mar o desde algún espacio en el camino a ningún lugar”.

Como planetas alrededor de un astro, trazamos circunferencias, movimientos elípticos alrededor de un punto central, mientras la gravedad nos empuja hacia la periferia, hacia “ningún lugar”.

Cansado y vencido al deseo de encontrarte, confieso mi culpa en la soledad del escenario del gran teatro de las horas, de las horas vividas y las que jamás viviremos. Soy el narrador en su butaca, soy el lector de vuestras miradas, el paseante solitario que bajo este haz de luz, germina palabras al dictado de una voz cada día más cansada, tal y como ahora lo son mis pasos, lentos y cansados por la fatiga de tan largo viaje.

El acto final dictará el andar de las horas. Llegado el momento, me giraré por última vez y no miraré atrás, sino que lo haré a un lado y, mientras abandono el primer plano, irrumpirá la voz pasajera, “la palabra de la poesía temblará siempre sobre el silencio y sólo la órbita de un ritmo podrá sostenerla”...El viaje continua.